

los ministros ingleses, y Pitt que por lo comun no se dejaba ver de toda aquella emigracion que hormigueaba por las calles de Londres y le molia con proyectos y peticiones, recibió inmediatamente al organizador de la Breña, y le puso en relacion con el ministro de la guerra Windham que era un amigo fiel de la monarquia y queria mantenerla ó restablecerla en todas partes. Luego que se examinaron maduramente los proyectos de Puisaye se aprobaron completamente, y la Inglaterra prometió un ejército, una escuadra, dinero, armas y muchísimas municiones para desembarcar en las costas de Francia; pero se exigió á Puisaye que no dijese una palabra á sus compatriotas, y menos al duque de Harcourt que era el enviado del regente. Esto le convenia muy mucho á Puisaye, que deseaba hacerlo todo por sí mismo, y asi guardó la mayor reserva con el duque de Harcourt, con todos los demas agentes de los príncipes en Londres, y sobre todo con los de Paris, que seguian correspondencia con el secretario de Harcourt. Solo escribió al conde de Artois solicitando facultades extraordinarias, y ofreciéndole que viniese á ponerse al frente de la espedicion. El príncipe se las envió inmediatamente y prometió venir á tomar el mando en persona, con lo cual no tardaron en propagarse las sospechas de lo que pasaba, á pesar de tantos esfuerzos para

ocultarlo. Todos los emigrados á quienes no habia querido escuchar Pitt ni merecido confianza de Puisaye estuvieron unánimes en decir que este era un intrigante vendido al pérfido Pitt, que andaba meditando proyectos muy sospechosos. Una vez esparcida esta opinion en Londres, no tardó en cundir por Verona entre los consejeros del regente, y como ya se desconfiaba mucho en aquella pequeña corte de la Inglaterra desde el suceso de Tolon, se aumentó mucho su inquietud luego que se supo intentaban valerse de uno de los príncipes. Inmediatamente se dieron prisa á preguntar con cierta ansiedad ¿que es lo que se pensaba hacer del señor conde de Artois, y porqué no se mencionaba siquiera el nombre del hermano mayor del rey en todos aquellos proyectos, como si estuviese de mas en ellos? etc. Las mismas especies esparcieron los agentes de Paris, que estaban comisionados por el regente y participaban de sus mismas ideas acerca de la Inglaterra, sin haber merecido tampoco ninguna confianza de Puisaye. Hubo tambien otro motivo para desaprobar la empresa y fue que el regente pensaba en recurrir á España y queria trasladarse allí para estar mas cerca del Vendée y de Charéte que era su heroe. Los agentes de Paris por su parte se habian puesto en comunicacion con un emisario de España que les habia aconsejado valerse de

aquella potencia, prometiéndoles, hacer en favor del hermano mayor del rey y de Charéte lo que la Inglaterra se proponia por el señor conde de Artois y por Puisaye. Pero era preciso esperar á que el dicho señor pudiera trasladarse desde los Alpes á los Pirineos por el Mediterraneo y preparar una expedicion considerable. Asi los intrigantes de Paris estaban enteramente decididos por la España pretendiendo que aquella potencia asustaba menos á los Franceses que la Inglaterra porque sus intereses eran menos encontrados, fuera de que ya estaba ganado Tallien por medio de su muger que era hija del banquero español Cabarrus, y hasta se atrevian á decir que estaban seguros de Hoche pues nada les importaba acumular embrollos para dar bulto á sus proyectos. Pero á oírles no era nada la España ni sus navios, ni sus tropas en comparacion de los magníficos proyectos que iban á desarrollar en lo interior. Estando como estaban situados en la capital se les figuraba ver por sus ojos una esplosion de indignacion de todo el pueblo frances contra el gobierno revolucionario y decian que lo mas conveniente era excitar aquel movimiento y darle una direccion favorable al realismo, pero en el bien entendido de que para asegurar el golpe no debian los realistas inspirar temor alguno porque lo único que sostenia á la montaña era el miedo que se tenia á una

contra-revolucion. Que bastaba una sola victoria de Charéte ó un desembarco de los emigrados en la Bretaña para que los montañeses recuperasen todo el prestigio que habian perdido y para despopularizar á los thermidorianos, de quienes tanto habia que esperar. Acababa Charéte de hacer su sumision pero necesitaba estar pronto para volver á tomar las armas y que el Anjou y la Bretaña finjieran someterse por algun tiempo y que en el entretanto se fuera seduciendo á los gefes y generales dejando á los ejércitos que pasasen el Rhin y se internasen en Alemania. Despues no habia mas que sorprender á la convencion ciega por la confianza y proclamar la monarquía en el Vendée, en la Bretaña y en el mismo Paris. Entonces una expedicion española en que viniese el regente al mismo tiempo que se ejecutaban aquellos simultaneos movimientos decidiria la victoria de la monarquía. En cuanto á la Inglaterra, lo único que se la habia de pedir era dinero porque sin él no era posible hacer nada, y luego no habia inconveniente en engañarla. Asi, cada uno de los infinitos agentes empleados en la contra-revolucion deliraba á su manera, proponia planes acomodados á su situacion, y queria ser el principal restaurador de la monarquía, sin tener la mayor parte de ellos otro recurso que la mentira y las intrigas, ni otra ambicion mas que la de sacar dinero.

Con semejantes ideas la agencia de Paris no podia menos de procurar alejar por el momento toda empresa del género de aquella que Puisaye preparaba en Inglaterra tratando únicamente de pacificar las provincias insurreccionadas haciéndolas firmar una paz finjida. Al abrigo de esta tregua concedida á los Chuanes habian establecido Lemaitre, Brottier y Laville-Heurnois relaciones con las provincias insurgentes habiéndoles confiado el regente cartas para Charéte, las cuales pusieron en manos de un antiguo oficial de marina llamado Duverne de Presle^s, que estaba sin carrera y andaba buscando un empleo. Al mismo tiempo le dieron la comision de contribuir á la pacificacion, aconsejando á los insurgentes que contemporizasen y aguardasen los socorros de España y algun movimiento del interior. Este comisionado se fué á Rennes, donde entregó á Charéte las cartas del regente y luego se puso á aconsejar á todo el mundo una sumision momentanea. Otros muchos individuos tuvieron igual encargo por los agentes de Paris, de suerte que se propagaron muy pronto por la Bretaña las ideas de paz infinitamente mas que lo estaban ántes. En todas partes se decia que era necesario deponer las armas, que la Inglaterra no hacia mas que engañar á los realistas, que todo debia esperarse de la convencion y que ella misma restableceria la monarquía, co-

mo que en el tratado mismo firmado con Charéte habia artículos secretos en que se estipulaba la condicion de reconocer muy pronto por rey al huerfanito del Temple Luis XVII. Como la posicion de Cormatin era cada dia mas apurada por haber faltado á las órdenes de Puisaye y de la comision central, abrazó con ansia la escusa que le ofrecia el sistema de los agentes de Paris y se confirmó en su conducta, tanto que llegaron á ofrecerle ser sucesor de Puisaye en el mando de la Bretaña. Lo cierto es que á fuerza de teson logró reunir á los principales *Chuanes* en la Prevalaye y principiaron las conferencias.

En aquel intévalo acababan de llegar de Londres, enviados por Puisaye los señores Tenteniac y La Roberie, el primero para traer pólvora y dinero para los *Chuanes*, juntamente con la noticia de una próxima espedicion; el segundo para entregar á su tio Charéte una carta en que se le encargaba estar pronto para auxiliar el desembarco en Bretaña, y últimamente á los dos para que hiciesen romper las negociaciones. Procuraron estos comisionados desembarcar con algunos emigrados hácia las costas del Norte, de lo cual advertidos los *Chuanes* habian echado á correr á su encuentro, y tenido una escaramuza con los republicanos en la que habian sido batidos. La Roberie y Tenteniac se salvaron por milagro, pero

ya estaba comprometida la tregua, y como Hoche principiaba á desconfiar de los *Chuanes* y de la buena fé de Cormatin, queria mandarle arrestar. Este último protestó de su sinceridad ante los representantes, y obtuvo que no se rompiese la tregua, y asi continuaron las conferencias en la Prevalaye, á donde acudió un agente de Stofflet. Hallándose este batido, perseguido y reducido al último extremo sin recurso alguno por haberle cogido el pequeño arsenal que tenia escondido en un bosque, tuvo en fin que solicitar ser admitido á tratar y acababa de enviar un representante á La-Prevalaye que fué el general Beauvais. Fueron allí no menos acaloradas las conferencias que lo habian sido en Jaunaye y el general Beauvais sostuvo con empeño el sistema de la guerra, á pesar de la triste situacion del gefe que le comisionaba, y pretendió que habiendo Cormatin firmado la paz de Jaunaye y reconocido á la república, estaba ya privado del mando con que le habia condecorado Puisaye y por tanto no podia deliberar. Logró Mr. Tinteniac, á pesar de los mayores obstáculos, penetrar á la sala de las conferencias, y quiso romperlas en nombre de Puisaye, y volverse inmediatamente á Londres, pero se lo impidieron Cormatin y los partidarios de la paz. Finalmente decidió este último la mayoría á que admitiese una transaccion, dando por pre-

testo que se ganaria tiempo con una sumision aparente adormeciendo la vigilancia de los republicanos. Las condiciones eran las mismas que las acordadas con Charéte, esto es libertad de cultos, indemnizaciones á los que tuviesen destruidas sus propiedades, exencion de la requisicion, y creacion de los guardias territoriales. Otra condicion habia en este tratado, que no hubo en el otro, y fué millon y medio de francos para los gefes principales, en la cual habia de tener su parte Cormatin. Para que no faltase la mala fé en momento alguno de este negocio, dice el general Beauvais que al tiempo de firmar Cormatin, tomó el sable en la mano y juró que volveria á tomar las armas en la primera ocasion recomendando á todos y á cada uno que hasta nueva orden conservasen la organizacion ya establecida y el respeto debido á todos los gefes.

En seguida se trasladaron los caudillos realistas á la Mabilaye, á una legua de Rennes para firmar el tratado en una reunion solemne con los representantes. Muchos de ellos no querian concurrir, pero Cormatin les llevó allí casi por fuerza, y se verificó la reunion con las mismas formalidades que en la Jaunaye. Habian solicitado los *chuanes* que no asistiese Hoche por la escasa desconfianza que de ellos tenia, y en efecto se les concedió. El dia 20 de abril espidieron los re-

presentantes los mismos acuerdos que en la Jau-naye, y los *chuanes* firmaron una declaracion por la cual reconocian á la república y se sometian á sus leyes.

Al dia siguiente hizo Cormatin su entrada en Rennes como Charéte la habia hecho en Nantes, y como se daba tanta importancia á sí mismo y se mezclaba en todo, llegó á pasar por gefe de los realistas bretones, de suerte que todo se lo atribuián á él, asi las expediciones de aquella multitud de *chuanes* desconocidos que habian recorrido misteriosamente la Bretaña, como la paz deseada por tan largo tiempo. Disfrutó un verdadero triunfo, siendo aplaudido de los habitantes, agasajado por las mugeres, provisto de una fuerte suma de asignados, y recogiendo todos los provechos y honores de la guerra, como si la hubiera estado sosteniendo largo tiempo. Sin embargo la verdad es que desembarcó en Bretaña solo para desempeñar aquel singular papel; mas no se atrevia ya á escribir á Puisaye, ni á salir de Rennes, ni mucho menos á internarse en el pais por miedo de que le fusilasen los descontentos. Volviéronse á sus divisiones los principales gefes y escribieron á Puisaye que los habian engañado y que se diese prisa á venir porque á la primera señal saldrian á incorporarse con él; pero algunos dias despues viéndose Stofflet abandonado de

la mayor parte, firmó la paz en San Florencio con las mismas condiciones.

Mientras que los dos Vendées y la Bretaña hacian su sumision, llegaba á manos de Charéte por primera vez una carta del regente con fecha primero de febrero, en la cual le daba aquel príncipe el título de segundo fundador de la monarquía, y le hablaba de su gratitud, de su admiracion y de su deseo de reunirse con él, nombrándole teniente general. Un poco tardias eran ya estas demostraciones, pero Charéte penetrado de ternura con ellas, respondió inmediatamente al regente que la carta con que le habia honrado transportaba de gozo su alma; que siempre serian los mismos su celo y fidelidad; que solo la necesidad le habia obligado á ceder, pero que su sumision no era mas que aparente, y que *cuando las cosas estuviesen mejor compaginadas*, volveria á tomar las armas y estaria pronto á morir á la vista de su príncipe y por la mejor de las causas.

A esto se redujo la primera pacificacion de las provincias insurgentes, la cual como habia previsto Hoche, no era mas que aparente, pero podia llegar á ser funesta á los gefes del Vendée; acostumbrando el pais al reposo y á las leyes de la república, colmando ó distrayendo hácia otro objeto aquel ardor de los combates que animaba á muchos hombre. A pesar de las seguridades

que daba Charéte al regente y Puisaye á los *chuanes* no podia menos de estinguirse el ardor en las almas despues de algunos meses de sosiego. Todas aquellas tramas no eran mas que unos actos de mala fé, excusables sin duda en la obcecacion de las guerras civiles pero que bastan para quitar el derecho á los que las emprenden de quejarse de la severidad de sus adversarios. Así los representantes como los generales republicanos ejecutaron con el mayor escrúpulo las condiciones convenidas, y es inútil perder el tiempo en demostrar lo absurdo de las voces que entonces corrieron y se han repetido despues de que los tratados firmados encerraban algunos artículos secretos en que se prometia poner en el trono mas adelante á Luis XVII, como si pudieran los representantes ser tan insensatos que tomarán semejantes compromisos, y como si fuera posible que quisieran sacrificar á unos pocos particulares una república que estaban defendiendo contra toda la Europa. Ademas de eso, ninguno de los gefes que escribian á los diferentes agentes realistas hizo jamas mencion de semejante absurdo. Cuando mas adelante Charéte fue puesto en juicio por haber violado las condiciones acordadas con él, ni siquiera se atrevió á hacer valer la poderosa excusa de la no ejecucion de ningun artículo secreto; y el mismo Puisaye en sus memorias tiene

por tan falso como necio semejante aserto y nosotros no haríamos aqui mencion de él á no verle reproducido en una multitud de memorias.

No solamente habia dado aquella paz el resultado del desarme de la comarca, que coincidia con el de la Holanda, la Prusia y la Toscana, y con las intenciones que no disimulaban otros muchos estados de Europa, sino que tuvo la ventaja de producir un enorme efecto moral; porque se vió reconocida la república por sus enemigos interiores y esteriores, por la coalicion y por el mismo partido realista.

No quedaban ya entre los enemigos decididos de la Francia mas que el Austria y la Inglaterra, porque la Rusia estaba demasiado distante para poder ser peligrosa; el imperio se hallaba próximo á desunirse é incapaz de sostener la guerra; el Piamonte estaba exhausto de todo recurso; la España poco seducida con las quiméricas esperanzas de los intrigantes realistas, suspiraba por la paz; y la cólera de la corte de Nápoles era tan impotente como ridícula. El único que no se habia dejado amedrentar por los triunfos inauditos de la república francesa y por una campaña sin ejemplo en los anales de la guerra, era Pitt, sino que su gran capacidad habia comprendido que todas aquellas victorias tan funestas para el continente, hacian poquísimo perjuicio á la Ingla-

terra. Es verdad que el Stathuder, los príncipes de Alemania, el Austria, el Piamonte y la España habian perdido una parte de sus respectivos territorios; pero en cambio la Inglaterra habia adquirido una predominancia incontestable en los mares, dominaba en el Mediterraneo y el Oceano, se habia apoderado de la mitad de las escuadras Holandesas, obligaba á la marina Española á consumirse contra la de Francia, trabajaba por apoderarse de nuestras colonias, iba á tomar posesion de todas las de Holanda, y afirmar para siempre su imperio de la India. Necesitaba para todo esto que durase algo mas la guerra y las aberraciones políticas de las potencias del continente, y así la importaba mucho promover las hostilidades dando socorros al Austria, avivando el celo de la España, y preparando nuevos desórdenes en las provincias meridionales de Francia. Tanto peor para las potencias beligerantes si se dejaban batir en otra nueva campaña, porque á la Inglaterra la importaba muy poco con tal que continuasen sus progresos en los mares, en la India y en América. Por el contrario, si las potencias quedaban victoriosas, tambien ganaba en devolver al Austria los Países Bajos, que la disgustaba mucho ver en manos de la Francia. Tales eran los cálculos, sanguinarios pero profundos del ministro ingles.

A pesar de las pérdidas que habia sufrido la

Inglaterra, ya por las presas, ya por las derrotas del duque de York y ya por los enormes gastos que habia hecho en dar auxilios de dinero á la Prusia y al Piamonte, todavia poseia inmensos recursos mayores de lo que creian los Ingleses y aun el mismo Pitt. Verdad es que se quejaban amargamente de las repetidas presas, de la escasez y carestia de todos los objetos de consumo; porque como los únicos que circulaban por los mares eran los buques del comercio ingles, naturalmente estaban mas espuestos á ser cogidos por los corsarios que los de otras naciones. A esto contribuia la inmensa especulacion de los seguros, que llegaron á ser temerarios, y tanto que ni siquiera esperaban á que saliese un convoy. Por lo que hace á la escasez era general en toda Europa, y llegaba á costar la fanega de centeno en el Rhin y en los alrededores de Francfort hasta 15 florines. Provenia esta escasez del enorme consumo de los ejércitos, de la falta de brazos para la agricultura y de los muchos desórdenes que reinaban en la desgraciada Polonia. Fuera de eso habian llegado á ser casi imposibles los trasportes á Inglaterra por el Báltico desde que los Franceses eran dueños de Holanda; y así tenia que surtirse la Europa del nuevo mundo, alimentándose con lo que sobraba de los productos de aquellas tierras vírgenes, que los Americanos del Norte habian